

llos de amargura; á Lucila la revelacion de sus facultades literarias. Paseando una tarde con Lucila admirando los encantos de la naturaleza, Chateaubriand le habló de ellos con vehemente entusiasmo, y al oírle exclamó Lucila: "Tú debes pintar estas bellezas que tan bien sabes sentir."

Lucila descubrió que Chateaubriand era poeta: la revelacion de su genio hecha por su hermana le inspiró gran confianza en sus fuerzas, porque él respetaba mucho el talento de Lucila. Desde aquella famosa tarde empezó á confiar al público sus pensamientos.

Lucila era literata, pero no dió ninguno de sus escritos á la prensa: despues de su muerte se encontraron algunos fragmentos autógrafos juzgados por su hermano del siguiente modo: "La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de las páginas de Lucila, ofrecen una mezcla del genio griego y del genio germánico."

La educacion religiosa y artística de Chateaubriand, se debe á dos mujeres: su hermana le formó el gusto literario; su madre le inspiró la fé cristiana.

III

Es indiscutible la influencia de la mujer sobre el hombre y sobre la sociedad.

Francia es el primer pueblo que promulgó la ley sá-

lica, y sin embargo, las francesas son las mujeres que más se han asociado siempre á la vida pública del hombre. Ellas se han vengado en todas épocas de los que las alejaron del trono, reinando sobre las almas.

En Francia, la mujer vive en comunidad intelectual con el hombre: la mujer discute los sucesos del dia, habla de política, de frivolidades, de cosas serias. Las francesas se asocian á los negocios de sus maridos, conocen el estado de su fortuna, saben tantas matemáticas como ellos. En muchos matrimonios podrá existir el aislamiento del corazon, pero jamas existe el del pensamiento: si hay separacion de sentimientos, no la hay de ideas.

La mujer francesa no se resigna á vivir eclipsada; dejadla dirigir el buen tono, formar el buen gusto y las conveniencias, imponer la moda y desenvolver el gracioso arte de la conversacion, y quedará satisfecha; pero no le quiteis el cetro en la vida social, no la relegueis al olvido, porque no sabe soportarlo.

En el reinado de Luis XIII las mujeres figuraban poco, porque este príncipe, un tanto misántropo, las desatendió; mas ellas, al verse heridas en su amor propio, quisieron manifestar que eran temibles, y por eso se las vió en el sitio de la Rochela, y despues crearon la Fronda, que fué una revolucion hecha por las mujeres.

En el sitio de la Rochela una mujer convertida en jefe de los heréticos, defendió esta ciudad contra la actividad del cardenal Richelieu y contra la intrepidez de Luis XIII: esta mujer extraordinaria, que sabia el he-

breo, el griego y el latin, fué la madre del duque de Rohan.

La duquesa de Longueville, ardiente é impetuosa, trabajó para sublevar Paris y Normandía.

Las mujeres contribuyeron con sus intrigas á los disturbios de la Regencia, y solo se apaciguaron cuando Luis XIV tomó las riendas del poder y las puso á sus piés.

La época de Luis XIV es una de las más gloriosas en la historia del espíritu humano y la más grata para las mujeres. Deificado el amor, ellas tenian que reinar: refinóse la galantería de tal modo, que parecian haber despertado las caballerescas costumbres de la Edad Média. Las mujeres, satisfechas de su poder, contribuyeron á formar la gracia, el encanto y la gloria de ese reinado, distinguiéndose por el ingenio, entre otras, Madame Sevigné, Madame Dacier, La Fayette, Scudery, Deshouliers, Suze, Caylus, Motteville, Lambert y Montpensier.

Poco deben las mujeres al reinado de Luis XV, pues no fueron muy consideradas: las épocas en que la moda impone los alardes de insensibilidad, no nos son favorables. Cuando se hace burla del amor y se ridiculizan las pasiones, perdemos nuestro imperio.

Las mujeres deben recordar con gratitud el reinado de Enrique IV, porque este rey daba tanta importancia á la gloria como al amor: no fué obstáculo sin embargo el amor para que figure Enrique IV como uno de los más grandes reyes de Francia. La gloria y el amor fue-

ron en la vida de Enrique dos astros que irradiaron el mismo fulgor: el uno no eclipsó al otro.

Francisco I, el rey galante que solia decir: *Una corte sin mujeres es un año sin primavera, una primavera sin rosas*, enalteció á nuestro sexo y este respondió á tal deferencia impulsando el renacimiento literario. En la época de Francisco I brillaron grandes damas de salon y grandes madres.

Las mujeres, al verse tan enaltecidas, se dedicaron al estudio para ponerse al nivel de unos hombres que las reverenciaban.

La mujer está siempre á la altura de las circunstancias: si en algunas épocas permanece apática, enervada en los placeres de la vida social ó sumida en las frivolidades del lujo y de la moda, pronto se reacciona cuando llegan los momentos supremos. Y es que existe en la mujer un fondo de grandeza de la cual ella misma no se da cuenta, hasta que salta en su alma la chispa que enciende el sacro fuego.

Así sucedió en la revolución del 93: las mujeres heridas en sus sentimientos por las desgracias de los seres amados, se convirtieron en heroínas. Mientras la mayor parte de los hombres demostraron la virtud pasiva de la resignacion, ellas estaban exaltadas por virtudes más activas. Sin temor á los rigores de la estacion, abandonaban el suave calor del blando lecho antes de salir el sol, para sufrir los rigores atmosféricos y los rigores de la suerte, disputándose entre ellas el turno para presentar

una solicitud escrita con sangre y lágrimas; conmovedora solicitud que sin embargo no habia de inspirar conmiseracion á los empedernidos corazones de los tiranos.

¡Qué valor moral, qué serenidad de espíritu manifestaron aquellas mujeres! Cuando no podian obtener la libertad de sus maridos, sucumbian con ellos en el cautiverio.

Merecen ser citados algunos de los rasgos de aquellas mujeres heróicas. Madame Lefort compró el permiso de ver á su marido, vendiendo todas sus joyas: entró en la prision y con recursos hábiles consiguió vencerle de que debian cambiar de traje para que él se escapara á favor del disfraz, pues á ella no la sacrificarian. Al día siguiente se descubrió la trama, y el alcaide horrorizado preguntó á Madame Lefort:

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—Mi deber—respondió ella—haz ahora el tuyo.

Madame Claviere al recibir la noticia de que su marido se habia clavado un puñal en el corazon, se dió la muerte con socrática serenidad.

Una viuda seguia la carreta homicida lanzando gritos desgarradores pidiendo la llevaran al suplicio con su amante, los soldados no le hacian caso; faltaban pocos momentos para llegar allí y al observar esto la viuda, quitó rápidamente el sable á uno de los soldados y se atravesó el corazon.

¡Hijas, esposas, madres, amantes, todas se sacrifica-

ron impulsadas por sus ardientes afectos! Todas tuvieron para los tiranos frases semejantes á esta: ¡Nuestro valor tiene más fuerza que vuestro poder!

Los monstruos obcecados al querer apoderarse de María Antonieta, cogieron á Elisabeth creyendo que era la reina, y Elisabeth dijo á los que querian manifestar la equivocacion: «¡No les saqueis de su error!»

¡Qué rasgo de heroismo fraternal!

Una jóven bella y delicada llegó palpitante de pasion al calabozo desde donde debia salir su amado para la guillotina. Insistió pidiendo la dicha de morir con él, mas siéndole negado tal favor, sacó de su seno un puñal para clavárselo: los soldados conmovidos por su belleza se lo arrancaron de la mano, mas la jóven exclamó: ¡Ah bárbaros! ¿Creeis que puedo vivir si muere él? Tras estas palabras se arrojó contra una puerta de hierro y se abrió la cabeza.

Si los hombres tuvieran siempre presentes los mencionados hechos, se avergonzarian de haber apellidado á las mujeres débiles, frívolas y superficiales.

¡Hombres, respetad á la mujer y educadla en el amor á la verdad, porque ella trasmítirá á vuestros hijos la educacion que le hayais dado!

¡Educad á las mujeres para madres!

La influencia de la madre no se borra nunca, lo que ella nos enseña no se olvida jamas.

Chateaubriand recitaba con más entusiasmo que los versos de Homero unos cantares tiernos, pero sin nin-

gun mérito literario, sólo porque los había aprendido en su hogar.

Chateaubriand daba mucha importancia á las mujeres. No hay nada — dice — que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvídanle á uno sus hermanos y sus amigos y le desconocen sus compañeros; pero no sucede lo mismo con su madre ó con su hermana.

Los pesares que experimentó la madre de Chateaubriand, decidieron á éste á escribir «El Genio del Cristianismo:» el dolor ocasionado por la muerte de su hermana Lucila, le hizo pensar en la aplicación de las teorías literarias de aquella obra y concibió el plan de «Los Mártires,» magnífica epopeya en prosa.

Lo repetimos mil veces: es indiscutible la influencia de la mujer. De una lágrima de la madre de Chateaubriand, brotó «El Genio del Cristianismo:» del último suspiro de Lucila «Los Mártires de la religion cristiana.»

La lágrima de una mujer devota, puede crear el brillante panegírico de una religion; la burlona sonrisa de una mujer escéptica puede destruirlo.

ELENA

MADRE DE CONSTANTINO